

(**Walter Wasercier,** 08/10/2018) Nos llegaron noticias interesantes a los guías. Los hoteleros del norte de Israel, con el sano propósito de competir con sus vecinos de Tiberíades, decidieron ofrecer a las agencias locales precios muy competitivos para grupos lo cual a su vez reduciría los costes del paquete turístico.

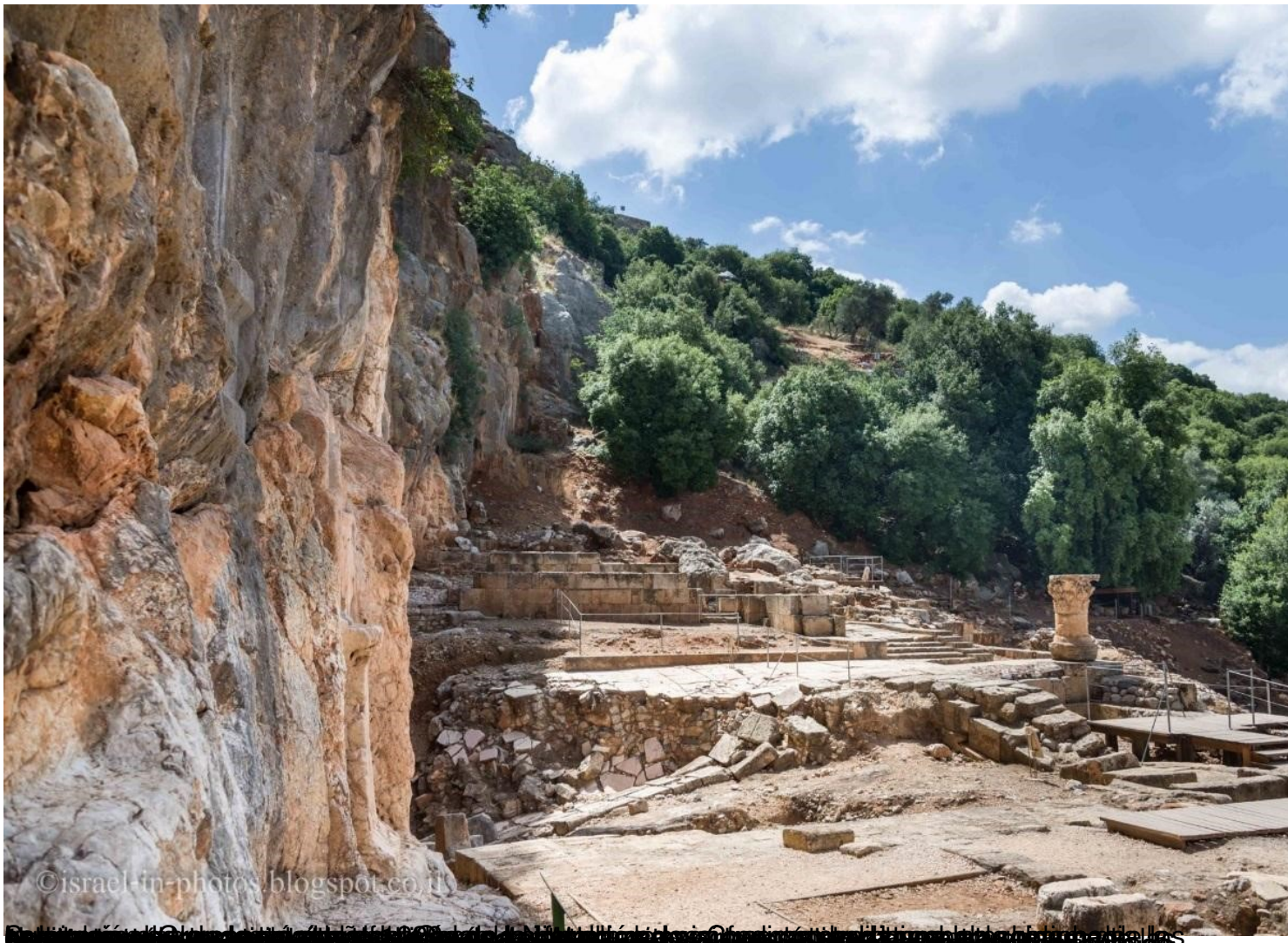
Para nosotros los guías, esto significaba agregar al itinerario habitual la visita a Banias, la antigua Cesárea de Filipo, y más kilómetros en el autobús para llegar y salir del bendito norte en dirección al Mar de Galilea. No tardaron en llegar las discusiones “tan poco habitual entre mis paisanos“… Si esto agregaba o quitaba al viaje, y si merecía sacrificar el café del paseo marítimo de la ciudad construida en honor del César Tiberio (Tiberíades) en aras de un ambiente más pastoral en la alta Galilea.

Pero lo que sí estaba claro, es que dejaba un margen de tiempo significativo para ver los comienzos del río Jordán, recorrer el valle de Hula, antiguo pantano desecado a base de sudor y lágrimas a principios del siglo pasado y ahora convertido en uno de los valles más fértiles de Israel, señalar y explicar algo desde el autobús y en dirección a las montañas occidentales de la Galilea, sobre la ciudad cabalista de Safed, y pasar por las ruinas de Hatzor camino del Mar de Galilea.

El reto se me presentó el día que el director del coro de una secundaria cristiana de Michigan de paseo por Israel me pidió dedicar un día adicional a ese norte tan poco conocido.

Mi decisión fue casi inmediata; y además del ya consabido sitio de Banias, subiríamos al Golan a **visitar la fortaleza de Nimrod** para después hacer una visita panorámica de los famosos montes, descendiendo más adelante a la altura del puente Arik, a poca distancia de la bíblica Capernaum.





walterw@elal.co.il

